

HISTORIA Y SOCIOLOGIA: DISTANCIAMIENTOS Y NUEVAS APROXIMACIONES

José Luis Vega Carballo*

I

El nacimiento de la sociología a principios del siglo XIX, con las contribuciones de Saint-Simon y Comte, fue acompañado de una afirmación historicista. Se trataba de que la nueva disciplina constituyera un eficaz antídoto contra las abstractas especulaciones de los filósofos radicales de la Ilustración, quienes supuestamente de manera muy ligera, habían descartado o minusvaluado, entre otros aspectos, el papel social de la *tradición*, y, en general, hecho caso omiso de la importancia de los *condicionantes históricos* del presente. Para los sociólogos de la escuela francesa fundadora, el excesivo racionalismo o clasicismo que transpiraban las contribuciones de los *philosophes*, conducía a una concepción esquemática y abstracta del orden social y a una subvaloración de los efectos del tiempo sobre las estructuras económicas, sociales y mentales. No había un interés por rechazar el método tan en boga de la ciencia, sino de acomodarlo a lo que, aparentemente, era la materia prima de la sociología, sin dejar de lado la historia como semillero de perspectivas y campo por excelencia del estudio comparativo, del cual se podían extraer conclusiones que arrojaran luz sobre los problemas de la *evolución*. Interesaba probar el punto de vista —sobre todo de Comte— de la importancia que tenía la *continuidad* por sobre la ruptura y el conflicto, aspectos que luego la escuela dialéctica alemana, elevaría a principios esenciales, tanto formativos como reguladores, de la sociedad y el cambio.

Es decir, no se quería que la sociología fuera confundida ni con la filosofía ni con la his-

toria; mucho menos con la filosofía de la historia; aunque bien sabemos que Comte no pudo escapar a la tentación de construir una filosofía moralista de la historia en su afán de ofrecer, a una Europa convulsa por los efectos de la Revolución Francesa, un recetario que recompusiera el orden social y la tradición alterada. La tendencia historicista que se manifiesta en la orientación francesa que derivaba de Saint-Simon y sobre todo de Comte —y de la cual participaba, aunque con mayores reservas Spencer— es más que todo un llamado a *utilizar* la historia que a *hacer* la historia desde un punto de vista sociológico, con un sentido de totalidad y de desarrollo.

El nuevo esfuerzo de interpretación de la vida social no tocaba centralmente al quehacer histórico: se trataba por sobre todo de señalarle una vía a la sociología a sabiendas de que el carácter científico de la historia no estaba bien fundamentado, pues para lograrlo se requería algo más que la simple fijación y acumulación de fechas, datos y anécdotas. Sin embargo, los trabajos de los historiadores, tanto positivistas como idealistas o religiosos, podían suplir informaciones de un enorme valor para la construcción de esquemas de evolución social en un *milieu* intelectual en el que el evolucionismo de Darwin y Spencer calaba muy hondo, incluso entre quienes, como Marx, no daban importancia al trabajo de la escuela positivista de sociología. La historia tenía, tanto para sociólogos positivistas, como para los de otras orientaciones, un interés utilitario, mientras que los historiadores, por su parte, seguían conduciendo sus in-

* Director del Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, 1980.

vestigaciones sin enterarse mucho de lo que hacían los sociólogos, manteniendo una curiosa distancia con respecto a las pretensiones y logros de las nuevas ciencias de lo social y lo económico.

II

La razón de ser de la tendencia historicista, presente en las obras de los iniciadores de la sociología, radicaba en la necesidad de contar con bien fundamentados materiales para la elaboración de *modelos* estructurales y de cambio. A Comte, a Marx, a Weber o a Durkheim les importaba la historia a la hora de desentrañar problemas de investigación del presente y, principalmente, para ofrecer *interpretaciones* de conjunto de la situación y el cambio de ciertas estructuras, procesos o instituciones a un nivel bastante elevado de abstracción y generalización. En ese nivel los hechos no aparecían formando meras descripciones o al servicio de la simple narración, sino como hechos *seleccionados* en función de los requisitos de una explicación teórica de la realidad, en suma, como hechos sumamente racionalizados, susceptibles de probar la existencia de *leyes*; es decir, de regularidades observables en las relaciones o interacciones entre propiedades o "variables" de ciertos tipos o clases de fenómenos. Había, pues, de por medio, en las obras de los pioneros clásicos, un marcado interés científico que los llevaba a no contentarse con tomar la realidad tal cual ésta aparecía a simple vista, o en los documentos que se fueran descubriendo, sino como materia prima, como punto de partida para ofrecer una visión distinta de la misma, una vez que sus aspectos no esenciales, o accidentales, fueran puestos de lado o en su verdadero lugar.

No significa lo anteriormente dicho que los esquemas conceptuales o teorías que presentarían los llamados "clásicos" de la sociología fueran siempre acertados o llenaran cabalmente los requisitos de un trabajo eminentemente científico; pero había la intención manifiesta de que así fuera y todos ellos proclamaron sus métodos y técnicas como fundamentadas en los criterios o principios del método científico. Consideraron a la mayoría de los historiadores, en los cuales tanto se apoyaron, como decisivos aportadores de datos, observadores a veces geniales que marcaron ciertos hechos y estructuras, pero que no se remontaron más allá de eso hasta llegar, por ejemplo, a un análisis causal o generalizante. Por ello es que de manera bastante clara Weber

asignó al historiador el papel de estudioso de los hechos particulares, únicos o irrepetibles, del pasado, mientras pensaba que la sociología debía ser una disciplina vacía de todo contenido histórico-real, aportadora solamente de "tipos ideales", o sea de instrumentos analíticos sin correlato empírico directo y pleno, pero que podrían ayudar al historiador en la selección, análisis, comparación y quizás en la explicación de los fenómenos, cuando éstos fueran percibidos en el contexto de sus particularidades de ocurrencia; cualquier intento de generalización en el campo de la investigación de las acciones humanas, controlado con ayuda del método causal y orientado a fijar la existencia de leyes, caería así más dentro del terreno propio de la sociología. Igualmente, tanto si tomamos a Durkheim como a Marx, notaremos que uno al estudiar la división social del trabajo y el otro la estructuración del régimen capitalista de producción, se esforzaron por comprobar la existencia de leyes de composición y movimiento estructural que regulan el acaecer de ciertos tipos o clases de fenómenos en sus conexiones internas, sus interrelaciones y modificaciones a lo largo del tiempo; pero, a la hora de entrar en esas comprobaciones armados, en un caso de una lógica positiva y en otro, de una lógica dialéctica, ambos investigadores, mostrando una gran erudición, descienden frecuentemente al terreno de la historia en busca de ejemplificaciones, de instancias que sirvan de apoyo al discurso lógicamente reglamentado y que en todo momento se mantiene al servicio de la prueba científica. A ninguno interesa el hecho por el hecho mismo, sino el conjunto, el tipo o clase de hechos que revelan la presencia de una innegable legalidad científica. Y si ambos mantuvieron un tono denunciativo y hasta moralizante en la presentación de los resultados de muchas de sus investigaciones (fue preferible que, en aras de la objetividad, así lo explicitaran y no lo ocultaran), siempre lo hicieron a partir de análisis rigurosos y metódicos de las realidades que observaron detalladamente. Y en el caso concreto de Durkheim se dio incluso el esfuerzo por efectuar un estudio lo más científico posible de los fenómenos del mundo de lo moral, tarea que aunque tuviera propósitos prácticos innegables, también reconocía la gran influencia de ese mundo sobre la cotideaneidad y la historia humanas, y partiendo de ese reconocimiento, intentaba adentrarse en un problema que ni siquiera los practicantes de la historia como fuente de moralejas en su tiempo se hubieran atrevido a plantear.

III

Curiosamente, mientras desaparecía la generación de los "clásicos" del pensamiento social europeo, y se producía el acercamiento de un grupo importante de historiadores franceses no positivistas al campo de las ciencias sociales (incluyendo al marxismo, como Braudel y Vilar), el principal centro de la producción sociológica se trasladaba en los años 30 de este siglo a los Estados Unidos; y tomó allí auge, poco a poco, bajo el liderazgo cada vez mejor asentado de Talcott Parsons, la llamada corriente "estructural-funcionalista", enfrentada por debajo al trabajo de los inmigrantes de la Escuela de Frankfurt, como Marcuse y Adorno. Al mismo tiempo, bajo el impulso del pragmatismo de James y de Dewey y del conductismo de Watson, se comenzó a desarrollar un tipo de orientación que C. Wright Mills acertadamente denominó "empirista abstracta" y que se centraba fundamentalmente en el estudio de los fenómenos de la interacción humana en cuanto tales, en el seno de pequeños grupos observables directamente o a través de vidrios de una sola dirección. Ambas corrientes en su desprecio hacia la historia y por afirmar la primacía del interés por la sincronía y la minuciosidad en el estudio de los fenómenos sociales.⁽¹⁾

Como se impuso en el campo de los estudios sociológicos no-marxistas la orientación estructural-funcionalista (que no deja de ser aplicable en los terrenos del "empirismo abstracto"), a ella nos referiremos más extensamente.

Aunque los orígenes de la misma pueden ser trazados hasta Comte y Spencer, pensadores con marcada inclinación historicista y evolucionista, fue como resultado de los estudios sobre pueblos considerados "rígidos" y "sin historia", efectuados por muchos antropólogos europeos contratados por los intereses colonialistas británicos para la "exploración" del África, que el funcionalismo se tornó en una importante y respetable orientación teórico-metodológica. En ese sentido fueron decisivas las contribuciones de Radcliffe-Brown y Malinowski, que todavía mantienen su vigencia. No nos interesa aquí, sin embargo, hacer una historia intelectual de la escuela, sino más bien destacar que, además de su postulado relativo a la inherente tendencia de las socieda-

des a buscar el "orden" o la "armonía", contienen el de índole ahistórica en el sentido de que las sociedades contienen en sí, en el presente, todos los datos para analizarlas e interpretarlas, y que la historia, por su carácter subjetivo, cambiante y dependiente de fuentes siempre sujetas a revisión, constituye más que una ayuda a la intrusión perturbante e innecesaria que sólo a riesgo de perder objetividad puede aceptarse. Por igual, la arqueología aparecía como una disciplina "excéntrica" de poca ayuda para el sociólogo, pues éste no debe manejar el problema de reconstruir historias de sociedades muy antiguas con escasas pruebas documentales o materiales.

Posteriormente a la Segunda Guerra Mundial el contexto mundial del quehacer en sociología comenzó a variar sustancialmente. Se aceleró un largo y cruento proceso de descolonización al mismo tiempo que los Estados Unidos sustituían definitivamente a Europa en el doble papel de gendarme del orden mundial y más avanzado representante del imperialismo capitalista. Una crisis ideológica de vastas proporciones comenzó a desencadenarse en el marcado interés por el "cambio social", que surgió entre multitud de sociólogos, incluyendo muchos funcionalistas.

Se gestó igualmente un nuevo tipo de descontento con la disciplina cuyas raíces debemos expurgar. El descontento pareciera ser ahora general y presentarse no sólo en los grandes centros académicos metropolitanos, sino también en aquellos de vieja y reciente formación en los países llamados "periféricos". Las fuentes del mismo son variadas y lo contemporáneo es la convergencia de las mismas, iniciándose el proceso con la intensificación y el final de la guerra de Vietnam y en general, con la aceleración del proceso de descolonización y de incorporación de una serie de pueblos "primitivos", "tradicionales" o "precapitalistas" al proceso general de la Revolución Industrial que desde mediados del siglo XVIII, busca completarse planetariamente.

Mencioné la guerra de Vietnam como sintomática, o más bien desencadenante de descontentos y conflictos latentes, porque pueblos que hasta el momento habían sido objeto de "estudios comparativos" orientados en el fondo a

(1) Otras corrientes como el interaccionismo simbólico o la etnometodología, no han adquirido tanto vuelo y son

igualmente ahistóricas y abiertamente antihistóricas.

dar la sensación de supremacía y seguridad “existencial” al europeo y al norteamericano, se introdujeron en la historia universalizante de posguerra y pusieron, por la vía práctica, en estado de obsolescencia a las dicotomías socio-antropológicas en las que se perfilaba la evolución cultural como determinada por un “polo dinámico” altamente desarrollado vinculado a los procesos iniciales de la Revolución Industrial, y que actuaba desde fuera sobre otro al cual se le imputaban un sinnúmero de características para señalarlo como “polo pasivo”, primitivo, atrasado, emotivo, racialmente inferior, incapaz de gobernarse y, por consiguiente necesariamente sujeto a la influencia civilizadora y paternal, proveniente de las otras naciones avanzadas.

La guerra de Vietnam demostró a cabalidad la íntima conexión existente entre el plano histórico (o diacrónico) y el actual (o sincrónico), entre las grandes potencias que se han repartido y explotado los recursos físicos y humanos del mundo y las periferias que han soportado, desde siglos atrás, el constante asedio del comerciante, el industrial, el burócrata, el militar o el tecnócrata europeo o norteamericano, todos en su calidad de exponentes sociales del régimen capitalista de producción. La desintegración provocada en las alturas periféricas y tecnológicamente débiles, que estuvo dirigida en un sentido colonial desde las metrópolis, no fue un simple proceso “civilizatorio” o de ensanchamiento del ámbito físico de dominio de estas últimas. En la medida en que el proceso respondía a las necesidades del grado de concentración y a la dirección del desarrollo de las fuerzas productivas, esto implicaba que no podía estar desligado y dejar de afectar estructuralmente la situación de las grandes potencias imperialistas. Conforme los pueblos a los que se les había negado un *status* igualitario y humanitario (se dudaba, como Fanon lo ha demostrado, de la calidad humano-racional de los colonizados, se desvalorizaban sus culturas y se pensaba que no tenían historia o que ésta había comenzado con el “descubrimiento” por parte de los primeros conquistadores) comenzaron a moverse, a agitarse, muchas veces al calor de los mismos patrones que los colonizadores se aplicaban a sí mismos, y conforme ese proceso afectó la estabilidad del sistema imperialista en su totalidad —rematando en la guerra del Vietnam—, el interés por la “sociología del cambio”, implicó también un “cambio de la sociología”.

IV

Como pronto se demostró que muchos de los pueblos que se descolonizaban no eran “primitivos”, sino que incluso tenían acendradas tradiciones o bien, por contacto con las grandes potencias, se habían occidentalizado y por tanto “historizado” y “aculturado”, se hizo entonces indispensable desentrañar las distintas dimensiones o ingredientes del problema surgido, principalmente de la *insurgency*; y esto trajo a colación una renovada discusión sobre la relación entre los estudios del cambio social o la “modernización” y la historia —o historias— que era indispensable manejar, tanto o más que la antropología, para entender la situación de los pueblos emergentes e intervenir, quizás con mayor éxito, en el llamado *nation-building process*, a fin de que fuera paralelamente un eficaz *empire-building process*.

Varios planteamientos equivocados hubo que revisar para enfrentar el problema, tanto desde el punto de vista de quienes favorecían con actitud neo-colonialista ambos procesos mencionados, como de quienes se oponían a ellos y deseaban extraer novedosos elementos de firme oposición intelectual o política. Así fue como en la pasada década tirios y troyanos por igual, se vieron pues envueltos en la misma ruta aunque ostentando distintos propósitos. Esto también hizo que el interés por la historia concebida como proceso humano-social-global fuera más que académico, político en el fondo, y creemos que lo continuará siendo aunque con ello no se afecte necesariamente la calidad científica que en sí pueda tener el trabajo de investigación y análisis que se realice.

Al iniciarse una creciente inestabilidad y fragmentación de la sociedad norteamericana, comenzaron a perfilarse grietas en la nave del funcionalismo, su más avanzada expresión ideológica: se dijo que era (o podía resultar) un análisis conservador; que no explicaba el cambio; que era ahistórico; que en la medida en que observaba desde la escena interior de las naciones avanzadas que cultivaban con toda comodidad y lujo la sociología, no tenía utilidad para el análisis comparativo libre de prejuicios; que era un instrumento que podía servir para la estabilización y la represión, etc., etc. Y a pesar de que muchos de los ataques fueron contestados con éxito variado —notablemente por Robert Merton, Talcott Parsons, Francesca Cancian, Neil Smelser y otros—, el balance general ha sido

negativo para el funcionalismo como sistema de pensamiento social y estrategia de la investigación empírica.

No viene aquí al caso, en virtud de la finalidad de este ensayo, considerar la situación y perspectivas del funcionalismo en toda su extensión. Bástenos examinar dos dimensiones de la reacción contra el mismo: por una parte, *el retorno crítico* a la tradición "clásica" de corte historicista y visión globalizante, y por otra, un acercamiento pleno de posibilidades entre la sociología y la historia en la esfera de la investigación y la construcción analítica o teórica, proceso en el cual "la sociología se historiza" y "la historia se sociologiza", siguiendo la tesis de Frederic Mauro de que "la historia social es la sociología del pasado". Lo importante ahora es notar que ninguna de esas dos dimensiones es ajena a la evolución de la sociología misma; pues la reconsideración de la óptica clásica sólo es posible si los problemas a que ella nos introdujo son repensados con aporte de la nueva investigación histórica de corte científico generalizante y diferencial; y a su vez, puede con ello la sociología, —tal como lo indicara Weber— prestar valiosos aportes teóricos y metodológicos a la historia en un movimiento de fecundación recíproca que borre paulatinamente las fronteras artificiales trazadas entre ambas por el positivismo y reforzadas por el funcionalismo; y que permita pasos nunca antes dados hacia una mayor des-ideologización relativa (nunca es o podrá ser ésta absoluta) de ambas disciplinas.

Miremos ahora sólo el lado de la sociología a fin de precisar las posibilidades que se le abren por un nuevo contacto con la historia.

V

Al extenderse la sociología hacia la consideración de las experiencias pasadas de los hombres, se amplía y varía enormemente su campo o *marco de referencia* no sólo en un sentido cuantitativo sino cualitativo, en la medida en que antiguas y nuevas culturas que no eran de mayor interés para el sociólogo irán paulatinamente siendo parte integral de sus estudios y plantearán temas y problemas distintos que exigirán perspectivas menos etnocéntricas y el diseño de especiales estrategias y técnicas de análisis.

Es igualmente posible que muchos problemas que el análisis "estático" o de los invariantes es-

tructurales (hacia el que tendía el funcionalismo) no había podido solucionar, sean descartados, reformulados o solucionados, así como es muy posible que aparezcan nuevos problemas con peculiares exigencias teórico-metodológicas como las ya planteadas en los trabajos de los estructuralistas francés como M. Founcault. En especial resurgirá un interés creciente por el estudio comparativo de las estructuras y los procesos sociales (incluyendo los micro-sociales) sin que se caiga en exagerados abstraccionismos; pues el análisis histórico seguirá proponiendo la necesidad de considerar los fenómenos profunda y detalladamente en sus contextos *específicos*, teniendo en mente su carácter temporal y relativo, característica que afecta también a su legalidad. Pues sabemos bien que las leyes o normas de estructuración y funcionamiento de una sociedad esclavista o feudal difieren de las de una sociedad capitalista o socialista, y que la abstracción en el análisis no implica ineludiblemente el evadir la concreción, sino todo lo contrario, estar al servicio de un retorno a los hechos que exhiba lo que hay en ellos de esencial, duradero o modificable.

Los procesos de síntesis o de recompensación de totalidades concretas no quedarán frenados por la observación de los aconteceres en sincronía, sino que, al ensancharse el campo para la observación sociológica hacia el pasado, se producirá un enriquecimiento o mayor poblamiento empírico de las síntesis orientadas teóricamente, es decir, comprobadores de hipótesis, leyes o principios generales con respecto al comportamiento humano-social. Los sociólogos ensayarán en laboratorios mejor dotados, lo que ciertamente redundará en una superior fundamentación no sólo de explicaciones retroactivas de muchos fenómenos socioeconómicos, sino también de los coyunturales, e incluso de posibles predicciones (que no deben confundirse con profecías), formuladas a partir de proposiciones generales o leyes históricamente confirmadas.

Una combinación de los enfoques diacrónicos y a la vez comparativos ayudará a que los sociólogos eludan el caer en "falacias etnocéntricas", tomando a su sociedad, o a un reducido conjunto de sociedades, como patrones o paradigmas absolutos para, desde allá, medir o evaluar arbitrariamente los "avances" o "retrocesos", los "desarrollos" o "subdesarrollos", de otros pueblos como efectivamente sucediera en casi todas las llamadas teorías de la "modernización" y hasta la etnocéntrica "teoría de la de-

pendencia" latinoamericana. En dichas teorías, la evolución humana llegaba a término en las sociedades europea o norteamericana actuales, que así se presentaban como modelo de los únicos cuyas rutas evolucionarias, cuanto más fueran imitadas por otras naciones, más les garantizarían a estas el acceso a la civilización y a las cosas buenas de la vida. En otros casos, al no percibirse las alternativas frente a la "dependencia", ni estudiarse los casos históricos que demostraban la posibilidad de desarrollos autónomos, se caía en el mismo *impase*.

Quedó como ejemplo de esta tendencia la obra de Walt Rostow sobre las etapas del crecimiento económico. Pero también se dio por el lado del marxismo dogmático o stalinista una tendencia semejante que suponía que todas las sociedades ineludiblemente han de moverse a través de una serie invariante de "modos de producción": comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo, de tal manera que la tarea fundamental del científico-social y del político sería reconocer en cuál estadio o etapa de la sucesión se halla una sociedad y luego deducir de allí, mecánicamente, todo lo demás que es dable conocer o hacer legítimamente, el resto quedando relegado a la condición de aspecto o caso "anormal" o "contradictorio", como fue el caso del modo de producción "asiático". Afortunadamente, casi al mismo tiempo que comenzó el período de desmoronamiento del funcionalismo en la década pasada, se vislumbra también los intentos de

superación (fuera de la Unión Soviética, mejor logrados) del dogmatismo stalinista, que había estancado por décadas el progreso de los estudios histórico-sociales en el campo del marxismo. Esta renovación del marxismo ha sido indudablemente uno de los desarrollos culturales y políticos más importantes de nuestro tiempo y ha venido a generalizar mucho la necesidad de colocar a Marx y a Engels en su justo lugar en la historia de la sociología, y de aprovechar sus puntos de partida, así como sus aportaciones metodológicas, en beneficio creciente de esa colaboración y fusión interdisciplinaria con la historia; pues ambos pensadores supieron aprovechar bien los logros que esta disciplina había alcanzado en su tiempo y rechazaron la superficialidad y el esquematismo vulgares cubiertos bajo el nombre de "materialismo histórico".(2)

Finalmente, contrario a los métodos de análisis sociológicos que parten del uso de masas de datos (generalmente obtenidos a través de cuestionarios y encuestas) y de la aplicación de ciertas técnicas de medición para precisar las interrelaciones entre ciertas variables "de bulto", dejando a un lado los casos "desviados" (que pueden revestir una enorme importancia teórica), la investigación sociológica tendida hacia el pasado puede quizás resolver mejor el problema de la "relevancia" o "significado" de los tipos de fenómenos que estudia. Puede discriminar, bajo la perspectiva temporal, cuáles son los aspectos problemáticos de la realidad surgidos en el pasado y las distintas formas de

(2) A pesar de que he evitado las citas en este ensayo no escapo a la tentación de reproducir dos esclarecedores párrafos, uno de Engels (carta a Conrad Schmidt, 27-10-1890) y otro de Marx (carta de 1877 a Otietschewen) por la incidencia tan directa que tienen sobre la discusión aquí planteada:

Engels: "Nuestra concepción de la historia, sin embargo, es, ante todo, una directriz para el estudio y no una palanca para hacer construcciones a la manera del hegelismo. Es preciso reestudiar toda la historia, es preciso indagar en sus detalles las condiciones de existencia de las diversas formaciones sociales, antes de intentar deducir de ellas las concepciones políticas, jurídicas, estéticas, filosóficas, religiosas, etc., que de aquéllas se derivan. En este sentido, poco se ha hecho hasta ahora, porque sólo unos pocos se han entregado en serio a la tarea. Necesitamos en este campo una ayuda muy grande; el campo es interminable, y quien quiera trabajar seriamente tiene mucho que hacer y puede destacar. Pero el mote de materialismo histórico (*todo se puede*

convertir en un mote) sólo sirve a muchos jóvenes alemanes (¿podríamos decir viejos y jóvenes latinoamericanos? J.L.V.) para rehacer a prisa corriendo todo el sistema de sus propios conocimientos históricos relativamente escasos —¡la historia económica está todavía en pañales!— y darse luego aires de mentes poderosas".

Marx: "A todo trance quiere convertir (NK. Mijailovski) mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría filosófica-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos totalmente todos los pueblos cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos ocurran, para plasmarse por fin en aquella formación económica que, a la par que el mayor impulso de las fuerzas productivas del trabajo social, asegura el desarrollo del hombre en todo y cada uno de sus aspectos. Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio".

arraigo o permanencia que han tenido y por qué; si esos aspectos tienden a desaparecer, o si son superfluos o tienen un gran peso a pesar de que puedan ser estadísticamente insignificantes en el corto plazo o en la dimensión puramente sincrónica de un observador de campo; si las estructuras tienen distintos ritmos de cambio y cómo se conectan; y, sobre todo, trazar las pautas del crecimiento o desarrollo de esas estructuras, derivando de su observación las leyes determinantes de las evoluciones o mutaciones, especialmente las leyes que pueden indicar con claridad cuáles de esas estructuras están causal, funcional o dialécticamente condicionadas por cuáles, tarea que sin el análisis histórico-comparativo resulta prácticamente imposible de realizar. Vemos entonces que el problema de la "relevancia" de los fenómenos sociales no tiene que ser dejado en manos de elaboraciones meta-

físicas como la famosa "filosofía de la vida" de Wilhelm Dilthey, sino que puede ser resuelto por medio de muy claras operaciones analíticas acompañadas —claro está— de una alta dosis de sagacidad e imaginación científicamente reguladas que, desafortunadamente para muchos, no puede ser adquirida por más que se aprueben decenas de cursos de técnicas de investigación. Sin embargo, en mucho puede la historia totalizante; tan distinta de la mera recopilación y acumulación de datos (actitud que tiene también absurdas contrapartidas en el campo de la sociología), contribuir a estimular esas cualidades que, como lo señalara tan oportunamente C. Wright Mills, por un tiempo se creyó que habían desaparecido del seno de la comunidad sociológica contemporánea. Hoy, dichosamente, parecieran abrirse nuevos rumbos.